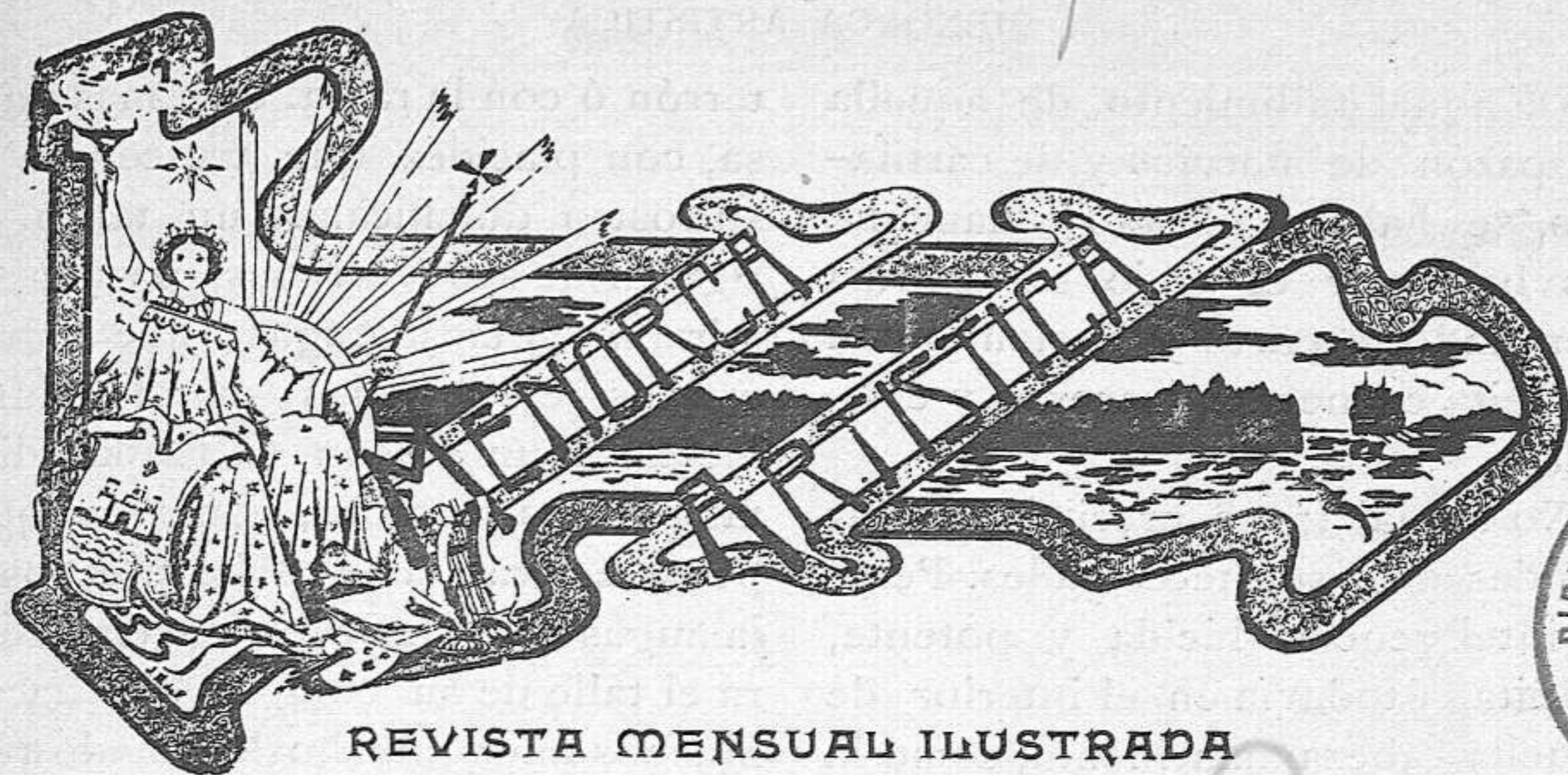


S.M. / R-60



REVISTA MENSUAL ILUSTRADA



AÑO I.

CIUDADELA, 31 DE MAYO DE 1904.

NÚM. 14.

LOS DE AYER Y LOS DE HOY

LOS carrascos y los acebuches, vetustos, desgajados, retorcidos, entecos, que empenachan la rocosa cumbre de la loma, inclinan al mediodía sus copas enmarañadas, como esquivando el helado y socarrante soplo de la tramontana; y cuando ésta se desgarran y se giran en las ramas sacudiéndolas con furor, estremecidos los troncos hasta su raigambre, dan al viento, á guisa de desmelenada cabellera, la crujiente coscoja.

En el regazo de la colina, un abrigo, como ave que se posa para guarecerse del airado norte, asienta la casa predial, blanca, soleada, limpia, con su roja techumbre á dos vertientes, con su azotea sobre la gran arcada, con su patio delantero cercado de piedra seca.

En el zaguán, amplio y abierto al mediodía por un arco rasgado como ojo de puente, sentado el abuelo en el sillón con espaldar de vaqueta, complaciase en mirar cuanto en su torno había.

Su arado rostro, flaco y apergaminado, casi desaparecía entre el negro gorro y el cuello del chaquetón burdo. Su mandíbula inferior temblequeteaba de continuo, como si tuviese gastadas las articulaciones, relajadas las tendillas; y este movimiento, abriendo y cerrando la boca del pobre viejo, hundida, desdentada y babeante, dibujaba en su faz una mueca dolorosa, trágica. En el fondo de las órbitas, giraban lentamente, como con fatiga, los ojos, acuosos y mortecinos. Una manta le envolvía las piernas, esqueléticas y envaradas.

De aquel tullimiento, de aquella crispazón de nervios y de cartílagos, se habían librado solamente los brazos; y el viejo se distraía trenzando esparto y haciendo con la pleita espuestas, serones y esterillas.

No hablaba; era preciso adivinar sus deseos y sus necesidades. Pero, la inteligencia, lúcida y potente, palpitaba todavía en el interior de aquella cabeza amarillenta, como la mar palpita y rebulle á veces en sus hondos senos sin alterar la placidez de su superficie.

Aquel sér, no era un hombre ya, era una momia viva, de noventa y seis años; era el tiempo mismo, con sus trabajos, con sus dolores, con sus miserias, con todo su ruín cortejo de achaques. Era una inteligencia viva, luchando en vano por exteriorizarse á través de su empaque helado, muerto, como en vano intenta un buque, en los mares glaciales, desasirse de los témpanos que contra él se apretujan con presión incontrastable.

Las manos del abuelo, aquellas manos rampantes cuyos huesecillos chascaban como la madera reseca, trabajaban inconscientemente, movidas por el hálito; de vez en cuando, caían cansadas sobre las rodillas. Y entonces, las miradas del viejo se paseaban pausadamente por los aperos de labranza, pendientes en las paredes de escarpíos y alcayates: hocino, azadones, escardillos, podaderas, bruñidos los astiles por la continúa sobadura de las manos callosas, pulidas las hojas por el continuado roce con el

terrón ó con la rama. Con más pausa, con placidez que trascendía á su rostro dulcificando un tanto la rigidez de sus facciones, pasaba su mirada en las jamugas, que sobre estacas empotradas en el muro lucían en un rincón su funda á listas blancas y azules, jamugas que pertenecieran á su difunta esposa, jamugas sobre las cuales se cimbrara el talle de su compañera, hacía muchos años ¡muchos!, cuando recién casados iban los domingos á oír misa al vecino pueblo.

Seguía mirando y veía el arca pintada de rojo donde se guardaban las hogazas del semanal amasijo; apoyado en el arcón, un paraguas enorme, desfachado, de algodón azul con cenefa blanca; arrimados á las paredes, tamices y cerneños, cestos y cuévanos, todo de su tiempo, de aquel tiempo viejo que estaba tan lejos, tan lejos, que sólo aparecía como un diminuto punto luminoso allá en el fondo de su memoria.

Luego, mirando hacia el patio, veía el corralizo, cerrado de bardales, en que picoteaban y cloqueaban las gallinas; el intrincado chumberal; el horno de pan cocer con su abovedado tejadillo; el ramaje hacinado al pié del horno; las arriates y las ollas, blanqueados, pulquérrimos, en que la nueva, á la sazón *madona* de la heredad, cultivaba con mimoso esmero claveles y clavellinas, pensamientos y albahaca, geranios y escaramujos, perejil é hinojo. Los nietezuelos, rollizos y atezados, retozaban jugando á la taba.



Acuarela de D. Antonio Codina.

TIPOS DEL SIGLO XVIII

Payés de Mercadal.



Todo esto, veíalo el abuelo borroso, desvanecido en una bruma traslúcida. Más allá de la cerca del patio no veía sino una niebla densa, como humareda de leña mojada; pero, con la imaginación distinguía los más nimios detalles de aquellos campos en los cuales pasara toda su vida: los tablares que descenden en gradería; en el fondo del valle, los dorados alcandiales cercados de piedra seca; las tierras en barbecho, cubiertas de grama; los blancos molinos, volteando sus aspas; las casucas de los labriegos, con sus hortales poblados de higuerras y chumberales; y allá en los confines del horizonte, la mar inmensa, espumarajeante, barbullando los rumores de su eterno chapoteo.

Más lejos, ya nada concebía el viejo, sino el vacío de lo ignorado, el caos de lo desconocido. En aquel mundo ignoto para el pobre anciano, en una ciudad populosa de la costa levantina, el mayorazgo de la casa, un mocetón guapo y fornido, cursaba los estudios de veterinario, merced á los ahorrillos del abuelo. Y mientras allá estudiaba el que había de ser sostén de la familia, acá, las manos del viejo, aquellas manos rampantes cuyos huesecillos chascaban como la madera reseca, trenzaban la pleita, trenzaban, trenzaban con agilidad pasmosa.

* *
*

Una tarde, cuando el sol apagaba sus claridades en la mar lejana, el mozarrón, que dos años antes partiera robusto y pletórico de sa-

lud y de fuerza, retornaba al hogar, enfermo, ajado y envejecido por la carcoma de los vicios.

El abuelo, desde su sillón frailuno, vióle subir lentamente el angosto sendero, apoyado en el brazo de un gañán; vió, en su impasibilidad forzada, cómo el mundo, hacia el cual partiera el mozo brioso y gallardo, devolvía aquel cadáver semoviente, como la mar devuelve á la playa los restos macerados de los navegantes infelices.

¡Cuántas esperanzas, cuántas ilusiones desvanecidas!

Al siguiente día, comenzaron el visiteo del médico, que recetaba pócimas á porrillo, y el ajetreo de los curanderos, que prodigaban tisanas y hierbajos.

Las angustias del padre y las congojas y sollozos de la madre, las tribulaciones todas de la familia, repercutían en el corazón del viejo, como los aldabonazos dados en portón cerrado retumban en los aposentos interiores. Ya el pobre abuelo no podría gozar, en su postrera hora, del sosiego, de la dulce paz anhelada; un dejo amargo, amargo como las lágrimas, turbaría sus últimos momentos. ¡Aquellos cuartejos ahorrados uno á uno, guardados á costa de sudores y estrecheces en el fondo del arcón, malrotados luego por el inexperto mozuelo, en vez de prosperidades y bonanzas, sólo calamidades é inquietudes traían sobre la familia, sólo miserias y desengaños!

Y las ideas que el viejo no podía exteriorizar, entrechocaban en su mente, produciéndole abatimien-

to profundo y amargura infinita. Sus brazos, desmayados, laxos, no se movían ya; y la pleita, caída y abandonada estaba en el pavimento.

* *
*

Pasáronse algunos días.

El abuelo sintió renacer sus esperanzas. El, aunque agarrotado en su butacón, podría trabajar todavía. Luego, quedaban otros nietos: los rapazuelos. ¿Habían de ser todos tan viciosos como el mayorazgo? ¡No por cierto! Alguno medraría y serviría de apoyo á sus padres cuando llegaran á la vejez. Además, el trabajo consuela, da vida. Y tornó á trenzar esparto.

Los rostros de los padres, antes compungidos, serenáronse un tanto. Decía el médico que podría vivir algún tiempo el mozo, si bien quedaría idiota é impedido. Afirmaban los curaderos que viviría poco, porque estaba todo él repodrido, envenenado. Pero ¿qué sabían el médico y los curanderos? Pues que el chico vivía, acaso, acaso su natural robustez vencería á aquellos asquerosos humores que lo tenían chupado, carcomido.

Por fin pudieron levantarlo y sentarlo en un sillón, frente al abuelo; pero, no hablaba ni se mo-

vía. Su mirada, erraba con indiferencia de sér embrutecido y sus pupilas mates, sin vida, parecían insensibles á la luz. Ante aquella vejez prematura, el espíritu se retiraba lentamente, abandonaba la materia repugnante, como temiendo el contagio de su corrupción. Y los padres, viendo la progresiva insensibilidad, comprendieron que su hijo moría paulatinamente.

El abuelo, en tanto, trabajaba siempre; y era de ver el contraste entre aquel viejo entero, de mirada mortecina, pero noble, honrada, y aquel jóven imbécil, esmirriado, inútil, de pupilas inespresivas, como si estuvieran llenas de agua clara.

Los ví una tarde, regresando yo de casa.

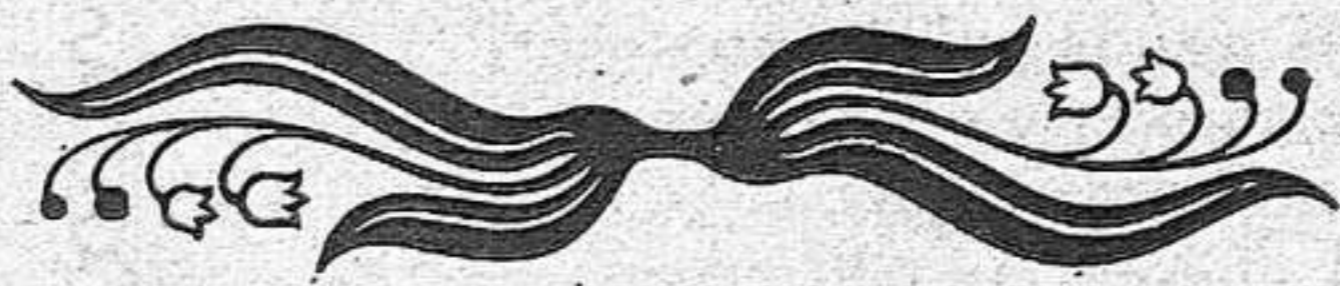
—¿Cómo está el abuelo?—pregunté á la *madona*.

—Bién señor. Trabajando siempre. A Dios gracias, no aciertan á matarlo sus noventa y seis años de trabajo.

—¿Y el muchacho?

—¡Ah, señor! ¡A ese, lo matan lentamente unos instantes de placer!

Lafuente Vanrell.





El puerto de Mahón



MIRADLE envuelto en transparente bruma
 Llenar la playa de nevada espuma
 Con pausado rumor.
 Que como espejo de argentina plata
 Del cielo más azul bello retrata
 El nítido color.

Miradle en dulce calma magestuoso
 Las claras ondas de zafir precioso
 Tranquilo adormecer;
 Y de la ancha ribera de esmeraldas
 Las vistosas arenas de sus faldas
 Cariñoso lamer.

Hermoso cuando el sol de la mañana
 Baña su superficie de oro y grana
 Con vívido esplendor.
 Sublime si la luna soñolienta
 Sobre sus claras aguas transparenta
 Su pálido fulgor.

Mirad el puerto de la patria mía,
 Que el orgullo y la envidia ser podría
 De opulenta ciudad;
 Sin eco ni murmullo turbulento
 Deslizarse en sonoro movimiento
 Con dulce suavidad.

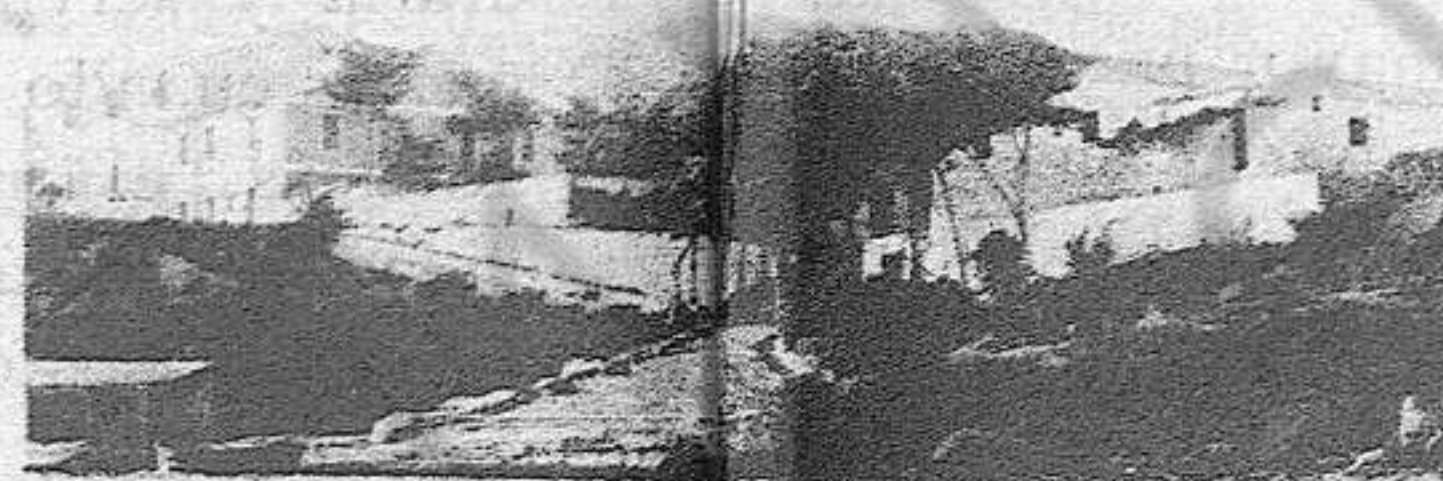
La perla de los mares que entre lomas,
 Que á las brisas regalan flor y aromas
 Oculta su esplendor.
 Y de su onda risueña y regalada
 Se duerme la gaviota reposada
 Al pausado rumor.

¿Visteis el lago azul de la Venécia
 Que con tanto valor la fama precia
 Cuando en serena paz,
 Cruzan sus tersas aguas palpitantes
 Las góndolas hermosas y elegantes
 En alegre solaz?

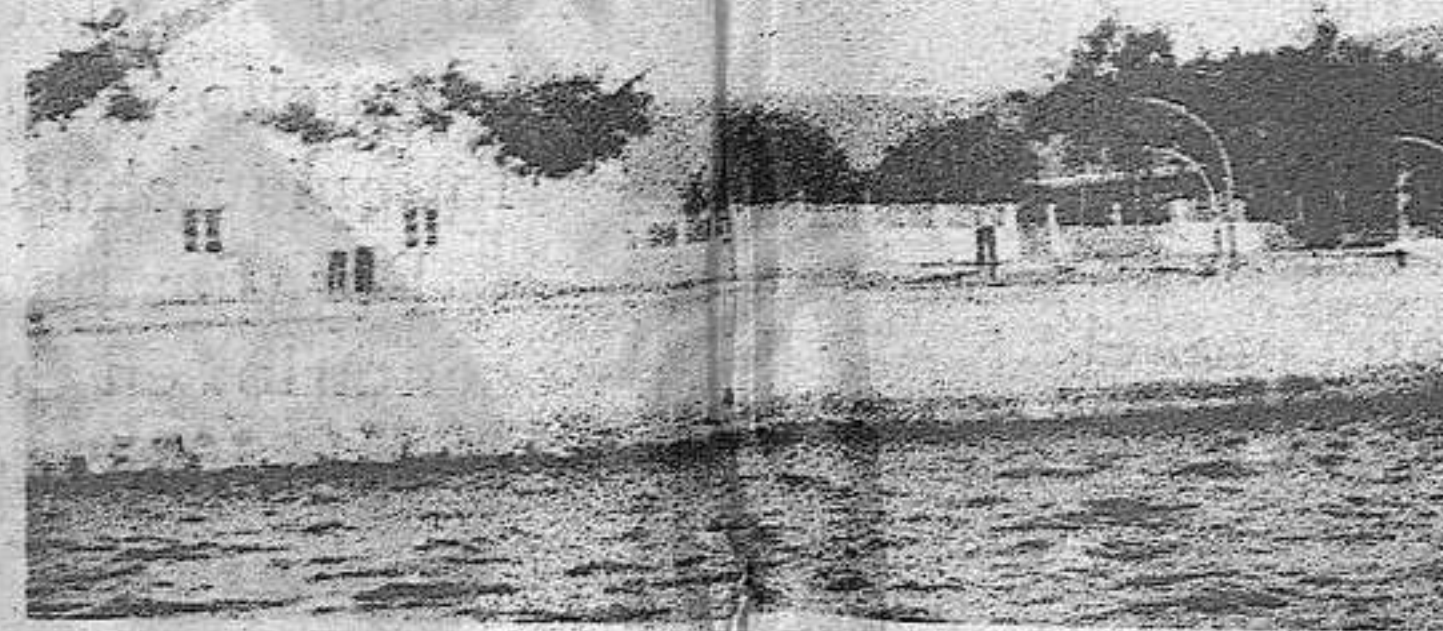
Más bello es nuestro puerto cristalino
 Cuando al soplo armonioso, matutino,
 Del céfiro sutil,

Cual blancos cisnes junto á sus orillas
 Se mecen nuestras góndolas navicillas
 Con domaire gentil.

Si el noto airado, su furor levanta
 Que al experto marino crudo espanta
 Con su horrible estertor;



(Mahón): Hospital de San Mateo en la isla del Rey



(Mahón): El Arsenal en la isla de Pinto

Y en la pujanza de su fiera saña
 Cada ola cámbia en órrida montaña
 Con siniestro fragor.

Y retumban los truenos por la esfera
 Y el rayo fulgurante reverbera
 Con fóbica luz;
 Y el cielo como lívido sudario

Extiende por los mares funerario
 Su sombrío capúz.

Llega la pobre nave extraviada
 En pos de su corriente sosegada
 Buscando salvación;
 Y tan solo en sus aguas ya segura
 Serena desafía la bravura
 Del terrible aquilón.

¡Oh puerto bello de la patria mía!
 A cuya orilla ví la luz del día,
 Con cuán dulce placer,
 Contemplo yo tus nítidos cristales
 Sobre lechos de nácar y corales
 Mansamente correr.

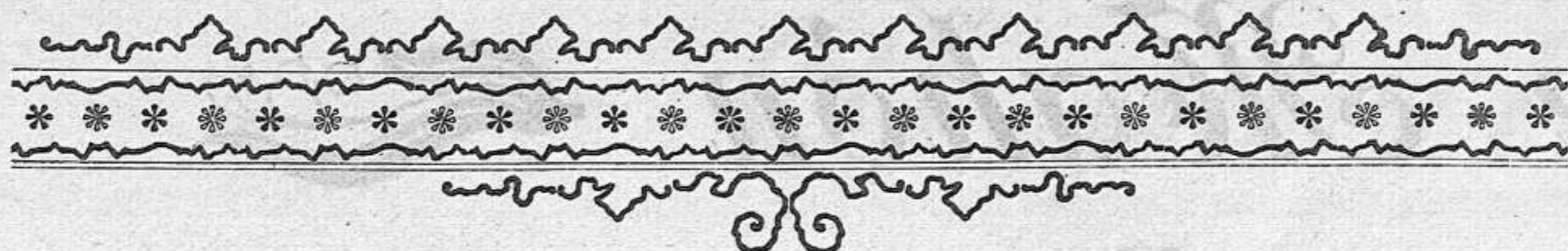
Puerto bello que guardas en tu historia
 Páginas mil de venturosa gloria
 De un tiempo que pasó;
 Cuando la brava hueste castellana
 Al arrojar de tí chusma africana
 Su pendón tremoló.

O cuando á tus riberas fortunadas
 Se vieron flotas mil empavesadas
 Presurosas llegar;
 Que en tus aguas tranquilas cien naciones
 Sus ricos y vistosos pabellones
 Osaron levantar.

Más tu gloria pasó, mudo y desierto
 De espumas y de aljófares cubierto
 Te adormeces al pié
 De la patria que triste acongojada
 Tu sublime belleza abandonada
 Con amargura vé.

Pero corre en tu lecho dulce y manso
 Y no turbe tu calma y tu descanso
 Importuno gemir.
 Corre tranquilo en plácida bonanza
 Y nunca te abandone la esperanza
 De un bello porvenir.

A. Marcelina Vinent de Carreras.



MONUMENTAL ÓRGANO

de la parroquial iglesia matriz de Sta. María de Mahón

ESTE suntuoso órgano se halla colocado sobre la entrada principal de la parroquia de Sta. María de Mahón, frente al altar mayor.

Fué construído por Juan Kiburz, famoso organero domiciliado en Barcelona, natural de Soleura (Suiza), y siendo Rector de la citada parroquia el Rdo. Doctor D. Gabriel Aleñar.

La caja exterior, de madera con esculturas y dibujos dorados, fué construída bajo la dirección del hábil artista mahonés D. Sebastián Lladó.

El famoso órgano se dió por terminado el mes de Septiembre de 1810.

Considérase como uno de los mejores del mundo y su fama resuena por todos los ámbitos de la tierra, como lo demuestra la multitud de *touristas* que llegan á Mahón de todas nacionalidades y rangos para oír las melodiosas voces de tan soberbia obra.

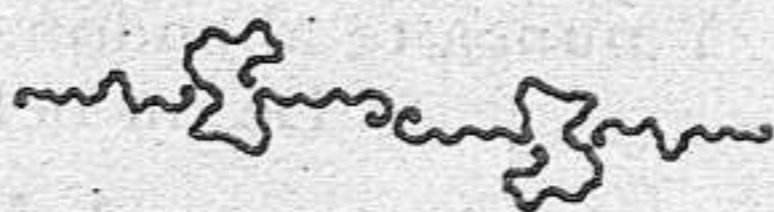
* *
*

El órgano completamente acabado y colocado costó cerca de diez mil duros, pagados, la mayor parte por el citado Dr. Aleñar, de sus bienes, habiéndole ayudado la Universidad de Mahón y algunos particulares.

Como curiosidad y antes de finalizar estas líneas, anotaremos que el órgano consta de cuatro teclados que se denominan Principal, Cadereta, Ecos y Pedal, con un Conjunto de 197 tubos de madera y 2809 de metal que corresponden á 51 registros con nombres especiales.

Los registros más apreciados son los llamados de imitación, entre los que se cuentan los de voz humana, corno inglés, trompa real, flauta cónica, oboé, fagote, etc. etc.

El año último D. Pedro Andreu con ayuda de su Sr. hermano el Rdo. D. Damián Andreu, Pbro. notable y laureado músico y actual organista, hizo un recorrido general al órgano limpiándolo y arreglándolo completamente.





NUESTRA CATEDRAL



(CONCLUSIÓN)

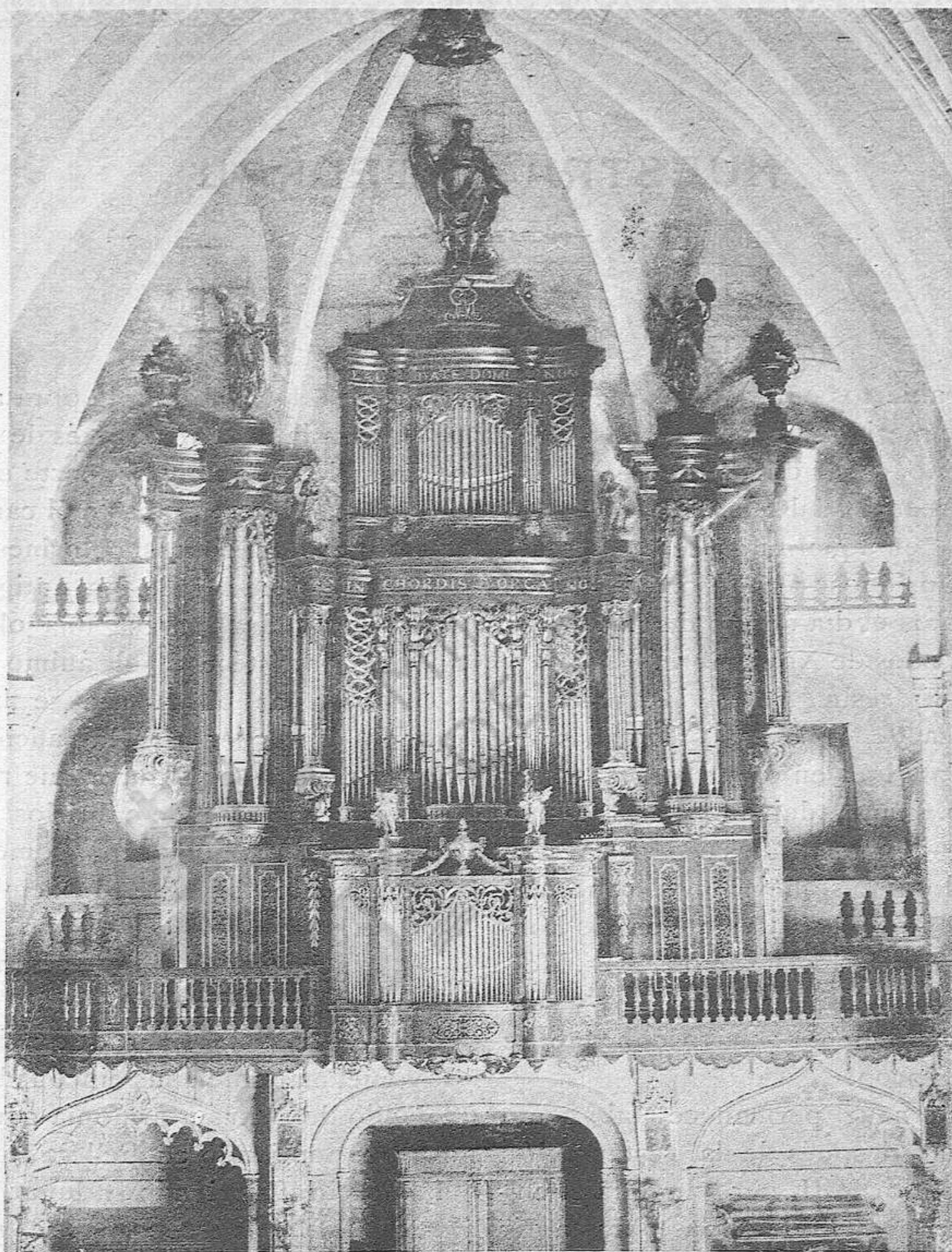
«cros abiertos en la misma peña á la parte meridional de la iglesia». Parece no haber duda en que tal era la situación del cementerio, y todavía en aquel lugar se cantan todos los años responsorios por los difuntos el día último de Octubre y el día dos de Noviembre.

Solo resta decir dos palabras acerca de las obras efectuadas en la Catedral en el pontificado del Ilmo. Juano, dejando para ocasión más oportuna, pues eso ya va largo, los que se llevaron á cabo más adelante, especialmente en los Pontificados de los Excmos. Sres. Mercader y Comes hasta hoy y del mayor ó menor acierto con que se verificaron.

La nave permanece tal como quedó después de la restauración del siglo XVII, pero le falta el color característico de las obras antiguas, aquel color de hoja seca que tan bien dice en las iglesias ojivales que solo la mano del tiempo puede imprimir. Está pintada del color de piedra, pero al fin pintada. Sin duda la vista de las bóvedas y las paredes tiznadas, y ennegrecidas por el incendio del año 58 sugirió la idea de pintarlas; tal vez

fué la idea de uniformar la obra antigua con la nueva, después de la restauración. También la parte exterior está pintada y hasta el campanario ostenta ciertos colorines... de manera que siendo tan antigua nuestra Catedral parece una obra nueva. Entristécese el ánimo al considerar las obras que se han echado á perder por la afición, diríase mejor, por el furor que reina entre nosotros de cubrirlos de cal para que estén blancos, como si el sello de los siglos no los embelleciese más.

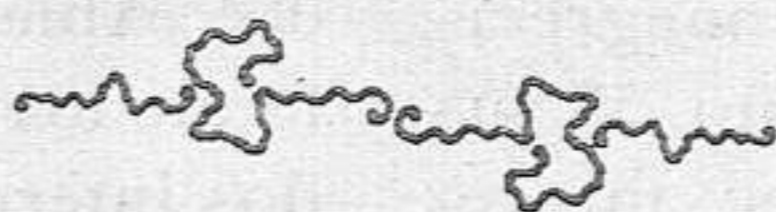
A principios del siglo pasado se tapiaron las capillas del ábside, dejando tan solo dos puertas, quedando aquel maciso en sus cinco lados, dejando de estar en armonía con la nave y perdiendo en belleza todo el edificio. Cubriendo el lugar de las capillas y de los rasgados ventanales aparecen hoy colgaduras de damasco que ocultan tras sí al parecer las esbeltas ojivas y las ventanas de vidrios pintados, ¡Qué golpe de vista debió ofrecer el ábside en tiempos que no hemos alcanzado! Abiertas las capillas y en su fondo los ventanales, y en los dos lados intermedios otras dos ventanas



Cliché de Femenías fot.—Mahón.

Monumental órgano

de iglesia parroquial de Sta. María de Mahón



de colores, la iglesia debía parecer mas espaciosa, y el altar en que se inmola la Víctima sacrosanta debía estar inundada de luz misteriosa en nada comparable á la común y ordinaria. En el pontificado del Ilmo. Juano se hizo de nueva planta el presbiterio con su pavimento de mármoles y cercado de verjas que continúan hasta el coro. En la misma época se construyó el altar mayor de orden compuesto, según planos de la Academia de S. Fernando. Ocupaba el fondo del ábside, era de grandes proporciones sencillo y severo, pero en las grandes solemnidades ofrecía magnífico golpe de vista.

Un notable grupo representaba á la Stma. Virgen en el misterio de su Purificación Titular de la Catedral, á S. José con las dos palomas para la ofrenda y á un ángel con los instrumentos de la Pasión. Debajo severo pero grandioso tabernáculo se abría la puerta de la cripta que se extiende algún trecho debajo de la iglesia. Por el estilo del altar mayor se construyeron otros para las capillas, sumamente sencillos, de los cuales quedan algunos todavía, los antiguos que restan son barrocos.

Obra del Ilmo. Juano es también la anterior capilla del Sacramento y en ella descansan sus restos mortales. Se comenzó en Noviembre de 1812 y se concluyó en Diciembre de 1813. Pertenece al renacimiento, es severa y *fría como un mausóleo* en expresión del insigne Quadra- do. La capilla de las ánimas es más antigua que la anterior pertenecien-

do también al renacimiento y puede considerarse como un ejemplar del estilo que se llamó plate- resco. En ella se venera una imágen del Señor crucificado, venerada desde tiempos antiguos. Tanto el coro como los tres púlpitos que había databan desde la restauración de la Catedral y pertenecían al renacimiento. La fachada principal se concluyó en 1814, es de orden corintio y sustituyó la antigua de estilo ojival. Lástima grande que tantas obras como se efectuaron en aquellos tiempos se hicieran con tan poco acierto. El renacimiento trastornó muchas cabezas, las obras maravillosas de la edad media, de aquellos siglos de viva fé, parecieron bárbaras y de mal gusto á los que se extasiaban ante las obras del arte pagano y no estudiaban más que á Vitruvio, y dando de mano al arte cristiano edificaron para el verdadero Dios templos semejantes á los de Júpiter ó de Venus. El arte que torció su camino había de encontrar al fin un precipicio; aquella generación de artistas que por irrisión ó desprecio llamaron gótica á la arquitectura ojival, ahogándose en el estrecho círculo en que les encerraba la arquitectura clásica, quisieron dar vuelo á su imaginación y de ahí nació el *barroquismo* y *churiguierismo* que llegó á tal grado de extravagancia y de mal gusto que más no se puede imaginar. Al efectuarse en nuestra Catedral las obras que hemos mencionado, había decaído ya mucho el entusiasmo por el estilo churigueresco, pero todavía no se

pensaba en restaurar la arquitectura ojival optando por las formas clásicas de Grecia y de Roma. Y sin embargo, para restaurar, como conviene, un edificio, debe procurarse poner la obra nueva en armonía con la antigua á fin de obtener uniformidad en el conjunto; más aquellos restauradores ó igno-

rabán verdad tan palmaria, ó prevenidos todavía contra el estilo ojival no quisieron emplearlo en sus construcciones. Hoy gracias á Dios empiezan á alborear días mejores para el arte cristiano, y el estilo ojival vuelve á ocupar el lugar que le corresponde y que nunca debió perder.



La calvicie no ha muerto

Pobre cabeza, no más
á tu dueño martirices;
calva, al fin, te quedarás
porque pronto perderás
todos tus bienes raíces.

Papel ridículo hacen
los que en vano se querellan,
si así no se satisfacen;
¡que unos con estrella nacen,
y otros, al nacer, se estrellan!

¡Ser calvo es un trance duro
que debe causar desvelo
y hasta, si se quiere, apuro,
porque un calvo, de seguro,
nunca puede echar buen pelo!

Por eso, en su vida espere
hacer un calvo carrera;
que no la hará, aunque quisiere,
á no ser que se pusiere
todo el mundo por montera.

La calva da autoridad
á las personas que son
de cierta formalidad;
pero una calva á mi edad,
¡eso es una aberración!

Porque si le falta el pelo
al que ahora á vivir empieza,
á este paso yo recelo
que no llega á ser abuelo
sin faltarle la cabeza.

Y en la sociedad presente
ta se han llegado á poner
las cosas, que, francamente,
es siempre bueno en la gente
tener algo que perder.

De nada sirven la quina
ni el aceite de bellotas
que la ciencia nos destina;
¡siempre igual la medicina!
¡Palabrotas, palabrotas!

Los pelos que en caerse dan
darán siempre que sentir,
aunque pese á nuestro afán,
porque esos no volverán...
¡no volverán... á salir!

Pelos una vez caídos
no son dignos de ese nombre;
los desencantos sufridos
son ¡ay! pelos desprendidos
de la cabeza del hombre.

J. M. N.